HENRY HAZLITT

LA CONQUISTA DE LA POBREZA

INNISFREE

Título original: *The Conquest of Poverty*
ISBN 978-1-909870-45-1
© 2019 INNISFREE
www.editorialinnisfree.com
Todos los derechos reservados.

AGRADECIMIENTOS

Deseo expresar mi agradecimiento al Comité pro Defensa de la Libertad, así como al Instituto para los Estudios Humanos de Menlo Park, California, por la ayuda y el estímulo que me prestaron para que escribiera este libro.

El Comité ha fomentado la publicación de una serie de libros sobre cuestiones económicas, con el objeto de esclarecer la función y realización del mercado libre y las repercusiones de la intervención gubernamental. Me siento orgulloso de ver cómo mi libro forma parte de la colección «Principios de la Libertad», en la que ya han aparecido estos cinco volúmenes: *Great Miths of Economics* (1968), por Don Paarlberg; *The Strange World of Ivan Ivanov* (1969), por G. Warren Nutter; *Freedom in Jeopardy: The Tyranny of Idealism* (1969), por John V. Van Sickle; *The Genius of the West* (1971), por Louis Rougier, y *The Regulated Consumer* (1971), por Mary Bennett Peterson.

Las ideas principales expuestas en el capítulo trece, titulado «Cómo los sindicatos reducen los salarios reales», fueron expuestas en una conferencia que pronuncié ante los miembros de la sociedad Mont Pelerin, en Múnich, Alemania Occidental, en 1970.

HENRY HAZLITT

Wilton, Connecticut
Agosto de 1972

ÍNDICE

CAPÍTULO 1 El problema de la pobreza 1
La revolución industrial 4

CAPÍTULO 2 Pobreza y población 9
La aportación de Malthus 11
Una nueva histeria 15

CAPÍTULO 3 Definición de la pobreza 19
¿Qué es una alimentación «adecuada»? 22

CAPÍTULO 4 La distribución de la renta 27
Beneficios obtenidos por las masas 30
La parte del león, para los asalariados 32
Ojeada sobre la renta familiar 35
Bienestar para el pueblo 37
Ley de Pareto 39
Al servicio de las masas 40
Comparaciones a nivel internacional 41
Una frase equívoca 42

CAPÍTULO 5 La historia de las ganancias de los negros 45
Perjuicios de las leyes sobre salario mínimo 48

CAPÍTULO 6 La ayuda a los pobres en la antigua Roma 51

CAPÍTULO 7 La ley de pobres en Inglaterra 57
Informe de la Comisión de 1832 60
Defensa de Nassau Senior 63
El dilema de la ayuda benéfica 65

CAPÍTULO 8 El crecimiento del Estado de Bienestar 69
El seguro de paro 73

CAPÍTULO 9 La estampida del «bienestarismo» 76
Planes a montones 79
¿Cuántos hacen trampa? 82

CAPÍTULO 10 La falacia del Gobierno que «crea empleo» 87
El primer paso: reconsiderar la politica que hoy se sigue 89

CAPÍTULO 11 ¿Hay que repartir la riqueza? 93
Ingresos anuales garantizados 95

Un «impuesto negativo sobre la renta»....96
«Reforma agraria»....99
Impuestos progresivos sobre la renta.... 100
La igualdad definitiva 102

CAPÍTULO 12 Sobre el afán de apaciguar la envidia.... 103
Cómo provocar una revolución 105

CAPÍTULO 13 Cómo los sindicatos reducen los salarios reales 109
Las victimas pasan desapercibidas 111
La Gran Ilusión.... 113
Un valladar contra la inversion de capital.... 115
Los sindicatos y la inflación 117

CAPÍTULO 14 Falsos remedios para la pobreza.... 121
Leyes de salario mínimo 124
Robar a Pedro para pagar a Juan.... 125

CAPÍTULO 15 Por qué el socialismo no funciona 129
Si el capitalismo no existiera 131
El «juego» del mercado libre 134

CAPÍTULO 16 ¿Inversión o «ayuda» exterior? 137
El comercio genera inversión 140
Ambas partes se benefician.... 142
El origen del Plan Marshall 144
El «milagro» alemán.... 145
La ayuda exterior frena nuestro desarrollo 147
Por que perjudica la ayuda a quienes la reciben.... 149

CAPÍTULO 17 Por qué algunos son más pobres.... 153
Reparto de culpas.... 154
Vivir al día.... 156
Mérito frente a «suerte».... 157
Efectos sobre los incentivos 158

CAPÍTULO 18 El papel del gobierno.... 161
¿Es la ayuda benéfica función del gobierno?.... 163
Una respuesta de mediados del siglo XIX.... 164
El dilema de la ayuda benéfica.... 167
Algunos medios para reducir al mínimo los abusos.... 168
El caso de los pobres permanentes.... 172
¿Deben votar quienes viven de la beneficencia?.... 174

Un fracaso muy caro 176
El deber de proporcionar educación 177
La paradoja de la ayuda benéfica 178

CAPÍTULO 19 Propiedad privada, fines públicos 181
El uso productivo de los ingresos de Henry Ford 182
La mejor caridad 184
De Malthus a Bernard Shaw 187
Cómo conseguir un pastel mayor 190
Tres clases de ahorro 193

CAPÍTULO 20 El remedio contra la pobreza 197

CAPÍTULO 1

El problema de la pobreza

La historia de la pobreza es prácticamente la historia de la humanidad. Los escritores de la Antigüedad nos han dejado muy pocos testimonios porque lo daban como algo sabido por todos. La pobreza era una situación normal.

Los modernos historiadores, gracias a los descubrimientos realizados, nos describen a la antigua Grecia y Roma como un mundo en el que las casas carecían de chimeneas y donde las habitaciones se caldeaban durante el invierno gracias a la lumbre que se encendía en el fogón o por medio de un brasero colocado en el centro de la habitación; la estancia se llenaba de humo y, consecuentemente, las paredes, el techo y los muebles se ennegrecían hasta quedar cubierto todo con una capa de hollín; la luz era proporcionada por humeantes lámparas de aceite que carecían de extractor de humos lo mismo que las casas en las que se utilizaban. El escozor de los ojos era una consecuencia lógica del humo que se respiraba. Las viviendas de los griegos no tenían calor en invierno, no reunían las condiciones higiénicas adecuadas ni contaban con los servicios más elementales para el lavado y la limpieza[1].

La escasez de alimentos y el hambre era algo tan crónico que solamente ha quedado constancia de los elementos considerados como trágicos dentro de un contexto de penuria habitual. La Biblia nos cuenta cómo José expuso a los faraones las medidas que había que tomar para combatir el hambre que se cernía sobre el antiguo Egipto. Durante una época de hambre en Roma, el año 436 a. C., miles de personas hambrientas se arrojaron al Tíber.

No mejoraron las condiciones durante la Edad Media:

> Las viviendas de la clase trabajadora en el Medievo eran cobertizos o chozas, y las paredes estaban hechas con unas cuantas tablas ensambladas con lodo y hojas. El techo era un pajizo formado por juncos y cañas o brezo. Las casas constaban de una sola habitación y, a lo

---

[1] E. Parmalee Prentjce, *Hunger and History*, Harper & Bros., 1939, págs. 39-40.
[2] *Ibid.*, págs. 15-16.
[3] William Farr, «The Influence of Scarcities and of the High Prices of Wheat on the

sumo, en algunos casos, tenían dos. Las paredes no estaban revocadas, ni existían suelos embaldosados ni techos de cielo raso, ni chimenea ni fogón para el fuego, ni camas. Aquí vivían y morían el dueño de la casa, su familia y los animales. No existían alcantarillado ni desagües en las casas. Solamente había unos desaguaderos sin cubrir que recorrían las calles; tampoco había instalaciones de agua corriente, y la gente tenía que acudir a abastecerse de agua a la fuente principal del pueblo; se desconocían las normas más elementales de higiene. «El centeno y la avena constituían el alimento básico de una gran mayoría de los europeos…, las condiciones precarias de subsistencia, los contrastes entre la comida opípara y la inanición, la escasez, la penuria, hambre, crimen, violencia, fiebres aftosas o ántrax, escorbuto, lepra, enfermedades tifoideas, guerras, pestilencias y plagas», eran algo tan corriente y normal en la Edad Media que nosotros, desde nuestra perspectiva actual del mundo occidental, somos incapaces de comprenderlo.[2]

Además, como un fenómeno habitual, estaba el hambre:

Durante los siglos XI y XII, el hambre (en Inglaterra) aparecía como término medio cada catorce años, y el pueblo tuvo que afrontar veinte años de hambre en el breve período de doscientos años. Durante el siglo XIII se da la misma proporción de épocas de hambre; la subida del precio de los productos incrementa, si cabe, esta proporción. La escasez fue menos intensa durante las tres centurias siguientes, pero puede afirmarse que desde 1201 hasta 1600 el ritmo se mantuvo constante: siete épocas de hambre y diez años de escasez de alimentos a lo largo de cada siglo.[3]

Cierto escritor nos ha dejado un resumen detallado de los veintidós períodos de hambre que tuvieron lugar en las Islas Británicas durante el siglo XIII, con anotaciones tan concretas como la siguiente: «1235: hambre y peste en Inglaterra; mueren 20.000 personas en Londres; la gente tiene que comer carne de caballo, cortezas de árboles, hierba, etc.».[4]

La escasez y el hambre aparecen periódicamente en la historia de la

---

[2] *Ibid.*, págs. 15-16.

[3] William Farr, «The Influence of Scarcities and of the High Prices of Wheat on the Mortality of the People of England», *Journal of the Roy Statistical Society*, febrero 16, 1846, vol. IX, pág. 158.

[4] Comelius Walford, «The Famines of the World», *Journal of the Royal Statistical Society*, marzo 19, 1878, vol. 41, pág. 433.

humanidad. La *Enciclopedia Británica* enumera los treinta y un períodos más catastróficos de hambre desde tiempos antiguos hasta 1960.[5] Veamos los que tuvieron lugar desde la Edad Media hasta finales del siglo XVIII:

> 1005: hambre en Inglaterra. 1016: hambre en toda Europa. 1064-1072: siete años de hambre en Egipto. 1148-59: once años de hambre en la India. 1344-45: trágico período de hambre en la India. 1396-1407: nuevo período de hambre en la India, conocido con el nombre de Durga Devi, que duró doce años. 1586: hambre en Inglaterra, que dio lugar a la creación de la llamada «Ley de pobres». 1661: hambre en la India: no llovió durante dos años. 1769- 70: trágica etapa de hambre en Bengala, pereciendo un tercio de la población, diez millones de personas. 1783: nueva época de hambre en la India conocida por el nombre de Calisa. 1790-92: el hambre llamada Deju Bara o de la Calavera, también en la India; se llamó así porque era tal la abundancia de cadáveres, que resultaba imposible enterrarlos a todos.

Esta enumeración resulta incompleta y también lo sería probablemente cualquier otra. Por ejemplo, durante el invierno de 1709, murieron en Francia, según las estadísticas de aquella época, más de un millón de personas en una población total de veinte millones.[6] Concretamente, en el siglo XVIII Francia sufrió ocho períodos de hambre que culminaron con la pésima cosecha de 1788 y que fue uno de los desencadenantes de la Revolución.

Pido perdón por describir con tanto detalle esta imagen de la miseria humana. He creído conveniente hacerlo así, porque esa impresionante escasez es la manifestación más evidente e intensa de la pobreza, y una descripción de este tipo era necesaria para recordar las espantosas dimensiones y la persistencia de este mal.

En 1798, un joven clérigo rural inglés, Thomas R. Malthus, reflexionando sobre esta triste historia, publicó como anónimo un *Ensayo sobre los principios de la población y su repercusión sobre el perfeccionamiento futuro de la sociedad*. Los puntos centrales de su doctrina son los siguientes: existe una constante tendencia en la población a crecer por encima del abastecimiento de alimentos y de producción. A menos que la humanidad se imponga un autocontrol, la población rebasará siempre el límite de subsistencia y se verá arrastrada a la enfermedad, a la guerra y,

---

[5] *Famine*, Encyclopedia Britannica, 1965.

[6] Gaston Bouthoul, *La population dans le monde*, págs. 142-143.

finalmente, al hambre. Malthus fue un economista pesimista que consideró la pobreza como algo inevitable para la mayoría de los seres humanos. Influyó en Ricardo y otros economistas clásicos de su tiempo, y el tono general de los escritos de estos autores indujo a Carlyle a calificar a la economía política como «ciencia funesta».

En realidad, Malthus puso al descubierto una de esas verdades que hacen época. Su investigación hizo ver a Charles Darwin la concatenación de los argumentos que le llevaron a establecer la teoría de la evolución por medio de una selección natural. Sin embargo, Malthus exageró su hipótesis y descuidó hacer las necesarias puntualizaciones. No acertó a ver que si (como sucedía en su propio país, Inglaterra) se logra contar con una modesta acumulación de capital y se consigue ahorrar un pequeño excedente y, además, existe libertad política y protección a la propiedad, esta energía liberada —pensamiento e inventiva— acaba por multiplicar, en forma acelerada y espectacular, la producción per cápita, superando con mucho lo que hubiera podido alcanzarse o soñarse en el pasado. Malthus publicó sus conclusiones pesimistas justamente cuando estaba a punto de demostrarse su falsedad.

La revolución industrial

La revolución industrial había comenzado, pero nadie era consciente todavía de ello ni mucho menos se la conocía por ese nombre. Una de las consecuencias del aumento de la producción fue un crecimiento sin precedentes de la población. Se calcula que el número de habitantes de Inglaterra y del País de Gales era, en 1700, de 5.500.000 aproximadamente; en 1750 llegaban a los 6.500.000. Cuando, en 1801, se realizó el primer censo, había ya 9.000.000; en 1831, la cifra era de 14.000.000. En la segunda mitad del siglo XVIII, la población había aumentado en un 40%, y durante las tres primeras décadas del siglo XIX superó ya el 50%. Tal incremento no era la consecuencia de un cambio radical en el número de nacimientos, sino de un notable descenso en el índice de mortalidad. Aumentó la producción de alimentos y surgieron otros recursos que ayudaban a abastecer a un mayor número de personas.[7]

Este crecimiento acelerado de la población continuó. La enorme explosión demográfica durante el siglo XIX no tiene precedentes en toda

[7] T. S. Ashton, *The Industrial Revolution (1760-1830)*, Oxford University Press, 1948, págs. 3-4.

la historia de la humanidad. «En un solo siglo la humanidad aumentó en su cifra global más de lo que lo había hecho durante los millones de años anteriores».[8]

Pero hemos de seguir adelante con nuestra historia. Nos preocupa más la larga historia de la pobreza e indigencia humanas que el breve relato de cómo la humanidad comenzó a liberarse de ella. Prosigamos, por tanto, la enumeración de esos períodos de hambre tomando ahora como punto de partida el comienzo del siglo XIX:

> 1838: terrible etapa de hambre en las provincias noroccidentales de la India (Uttar Pradesh), con 800.000 víctimas; 1846-47: hambre en Irlanda, como consecuencia de una desastrosa cosecha de patatas; 1861: hambre en el noroeste de la India; 1866: hambre en Bengala y Orissa, que produjo 1.000.000 de víctimas; 1869: hambre en Rajputana, con 1.500.000 muertos; 1874: hambre en Bihar, India; 1876-78: hambre en Bombay, Madras y Mysore: 5.000.000 de víctimas; 1877-78: hambre en el norte de China; se calcula que perecieron 9.500.000 personas; 1887-89: hambre en China; 1891-92: hambre en Rusia; 1916: hambre en China; 1921: hambre en la URSS, a consecuencia de la política económica comunista, donde estuvieron a punto de perecer por lo menos diez millones de personas, pero, gracias al Departamento de Ayuda americano, dirigido entonces por Herbert Hoover, el número total de víctimas se redujo a medio millón; 1932-33: hambre de nuevo en la URSS a causa de la política de colectivización agrícola implantada por Stalin, y que supuso la muerte para «millones de personas»; 1943: hambre en Bengala, con 1.500.000 víctimas, aproximadamente; 1960-61: hambre en el Congo.[9]

Finalizaremos esta abrumadora descripción haciendo mención del período de hambre que ha asolado durante estos últimos años a la China comunista y el que sufrió Biafra en 1968-70, a causa de la guerra.

La enumeración de estos períodos o etapas de hambre, desde finales del siglo XVIII, muestra una diferencia muy notable con las que existieron anteriormente. Estas crisis de subsistencia o penurias de alimentos no afectaron a ningún país del ahora industrializado mundo occidental. (La única excepción es la época de hambre en Irlanda a raíz de la desastrosa cosecha de patatas, y hasta puede decirse que se trata de

---

[8] Henry Pratt Fairchild, «When Population Levels off», *Harpe's Magazine*, mayo 1938, vol. 176, pág. 596.

[9] «Famine» y «Russia», *Encyclopedia Britannica*, 1965.

una excepción dudosa, ya que la Revolución Industrial no penetró en Irlanda hasta mediados del siglo XIX, e incluso hoy día es un país eminentemente agrícola).

Esto no quiere decir que hayan desaparecido ya las sequías, las pestes y plagas del campo y las malas cosechas en el mundo occidental, sino que, cuando esto sucede, no se produce una situación de hambre, porque los países afectados pueden importar inmediatamente alimentos de otras partes, no solamente porque existen rápidos medios de transporte, sino también porque, gracias a su producción industrial, estas naciones cuentan con los recursos necesarios para adquirir alimentos.

Actualmente, en el mundo occidental, la pobreza y el hambre, que hasta mediados del siglo XVIII eran notas comunes a toda la humanidad, han quedado reducidas a una situación tangencial que solamente afecta a una minoría, e incluso esa minoría va siendo cada vez menor.

Sin embargo, pobreza y escasez todavía campan por sus respetos en el resto del mundo: en casi todo el continente asiático, en Centroamérica, América del Sur y África, es decir, en una inmensa mayoría de la humanidad, está presente este problema con todas sus terribles consecuencias, problema que todavía está por resolver.

Lo que ha sucedido y está sucediendo aún en muchos países debe servirnos de seria advertencia sobre la facilidad con que queda aniquilado todo el progreso económico que se había conseguido. La absurda interferencia gubernamental obligó a Argentina, en otros tiempos el principal productor y exportador de carne, a limitar el consumo doméstico de carne de vacuno a semanas alternas. La Unión Soviética, uno de cuyos principales problemas económicos, antes de que se implantara la colectivización, era encontrar mercado para exportar sus excedentes de cereales, se ha visto obligada a importar trigo de los países capitalistas. Podríamos seguir citando otros ejemplos sobre las ruinosas consecuencias derivadas de una política gubernamental de miras estrechas.

E. Parmalee Prentice, hace más de treinta años, subrayó que la humanidad había sido rescatada de un mundo de escasez tan rápidamente que los hijos ignoraban cómo habían vivido sus padres:

> Aquí radica, ciertamente, una de las explicaciones del descontento por las actuales condiciones de vida del que se habla con tanta frecuencia, ya que las personas que jamás han conocido la escasez en la que el mundo vivió durante muchos siglos son incapaces de valorar, en su verdadero contexto, la abundancia que ahora existe y hasta llegan a sentirse

desgraciados porque no tienen más.[10]

¡Qué proféticas resultan estas frases aplicadas en este momento a la actitud de la juventud rebelde en la década de los años sesenta! El gran peligro actual es que la impaciencia y la ignorancia se alíen y destruyan, en una sola generación, el progreso que innumerables generaciones de la humanidad tardaron tanto tiempo en conseguir.

«Aquel que no puede recordar el pasado está condenado a repetirlo».

[10] *Hunger and History*, pág. 236.

CAPÍTULO 2

Pobreza y población

Desde finales del siglo XVIII, en cualquier estudio serio sobre las causas de la pobreza, se hace referencia a la explosión demográfica. El descubrimiento de Malthus de tal forma dejó patente esta conexión, que resulta imposible ignorarlo en cualquier comentario.

La tesis de su primer *Ensayo sobre la población*, publicado en 1798, podría resumirse en los siguientes términos: los sueños sobre una abundancia a escala universal son utópicos, porque existe una tendencia inevitable a que el número de habitantes exceda al abastecimiento de alimentos. «La población, cuando no se controla, aumenta en proporción geométrica, mientras que los recursos alimenticios lo hacen solamente en proporción aritmética». Hay un límite irrebasable en la existencia de tierra y en la cuantía de las cosechas que pueden lograrse por cada hectárea de terreno cultivable. Malthus resaltó las que para él eran consecuencias funestas de esta desproporción:

> En los Estados Unidos de América, donde los medios de subsistencia han sido mayores… que en cualquier país de Europa, la población se ha duplicado en los últimos veinticinco años… Consideramos como principio fundamental y afirmamos que la población, cuando no se controla, se duplica cada veinticinco años, es decir, aumenta en proporción geométrica… Si calculamos la población mundial en mil millones, por ejemplo, la especie humana aumentaría en la proporción de 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512, etc., y los medios de subsistencia, en 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, etc. Al cabo de dos siglos y cuarto, la población mantendría, respecto a los medios de subsistencia, una proporción de 512 a 10; al cabo de tres siglos, sería ya de 4096 a 13.

Esta terrible realidad aritmética llevó a Malthus a una conclusión un tanto desesperante que se apoyaba sobre estos dos postulados: «En primer lugar, que los alimentos son necesarios para la subsistencia del hombre y, en segundo lugar, que la atracción de los sexos es inevitable y que permanecerá prácticamente invariable como en la actualidad». Como no veía ningún otro camino a elegir, a no ser el de la «continencia», y esto

le parecía inviable, llegó a la conclusión de que la humanidad seguiría creciendo hasta el límite de subsistencia y, por tanto, se vería siempre sometida a la miseria, guerras, pestilencia y hambre. «El constante aumento de la población donde hay medios de subsistencia es algo fácilmente demostrable a través de la historia de los pueblos».

La aparición de este *Ensayo* desencadenó un aluvión de críticas y de vituperios sobre su autor. Por ello Malthus publicó cinco años después, en 1803, una segunda edición de su *Ensayo*. Este era mucho más extenso, se trataba prácticamente de un nuevo libro, y sirvió como texto básico para las seis ediciones siguientes.

En esta segunda edición se aprecian dos importantes modificaciones. Malthus pretendió reforzar su tesis original con gran cantidad de datos y estadísticas sobre el crecimiento de la población, tomados no solamente de la historia, sino de las condiciones concretas de su tiempo y de la situación de otros países. Pero, además de aportar nuevas pruebas a su tesis, hacía una concesión: «En esta nueva obra —escribió en el prefacio de la segunda edición— difiero de la anterior en que reconozco que existe un freno al aumento de la población diferente del que procede de una acción racional o del vicio o la miseria». Su nueva aportación consistía en proponer el «freno moral», es decir, abstenerse del uso del matrimonio cuando no se obtienen del mismo gratificaciones especiales; la limitación consciente de una gran parte de las parejas para no engendrar un número excesivo de hijos, utilizando para ello la reflexión, la prudencia y la inteligencia. Malthus descubrió que en la Europa de su tiempo este *freno moral* «había sido el control más eficaz de la explosión demográfica».

Sus adversarios afirmaron que Malthus, al hacer estas concesiones, abandonaba prácticamente su tesis anterior: «La introducción de un control prudencial ("freno moral") —escribe Schumpeter— constituye una diferencia decisiva. Pero todo lo que la teoría gana con este procedimiento es poder retirarse ordenadamente abandonando la artillería».[11] Incluso un crítico tan adicto a Malthus como Gertrude Himmelfarb, escribe:

> Resulta que el principio democrático deja de ser un obstáculo fatal a los sueños e ideales del hombre. Realmente el principio en sí mismo no era tan inexorable como había sugerido anteriormente. Ahora resulta que la

[11] Joseph A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, Oxford University Press, 1954, pág. 580; trad. esp.: *Historia del análisis económico*, Ariel, Barcelona, 1971.

población no supera necesariamente a las reservas alimenticias ni aumenta forzosamente al existir mayores cantidades de alimentos… Los hombres ya no están a merced de fuerzas que no pueden controlar: «todo individuo posee, en alto grado, la capacidad de poder evitar las consecuencias catastróficas, para él mismo y para la sociedad, por medio de la práctica de una virtud dictada a cada uno por la luz de la naturaleza y sancionada por la religión revelada». Liberada de la eterna amenaza de la superpoblación y de los eternos males de la miseria y del vicio, la sociedad puede ahora lanzarse con optimismo hacia la unión de «los dos grandes ideales: una población muy numerosa y un tipo de sociedad en la que la abyecta pobreza y la dependencia apenas tengan lugar; dos objetivos que no son incompatibles.[12]

A pesar de las declaraciones explícitas del mismo Malthus, creemos que las diferencias entre la primera edición y las siguientes no son tan grandes como sostienen los críticos anteriormente citados. En realidad, el cambio más llamativo reside en el tono, y no en lo esencial de su pensamiento. Malthus se había visto afectado por los duros ataques lanzados contra sus conclusiones pesimistas, y deseaba suavizarlas resaltando, en cuanto le era posible, cualquier matiz esperanzador. En la primera edición no quiso admitir la posibilidad de que una gran parte de la humanidad pudiera considerar como realmente efectivo el «freno moral»; en las ediciones siguientes ya admitió esa posibilidad, pero no la probabilidad. De hecho, puesto que le habría repelido el «vicio» de nuestros modernos métodos mecánicos y químicos del *birth control* (malamente bautizados ahora con el nombre de «neomalthusianismo»), aun en el caso de que los hubiera previsto, ¿cómo habría podido creer en la probabilidad de una abstención, durante casi toda la vida, en las relaciones sexuales, como único camino para que cada pareja, sin métodos de *birth control*, pudiera limitarse a tener nada más que dos o tres hijos?

La aportación de Malthus

La principal dificultad con que se tropieza cuando se discute sobre Malthus es que la mayoría de las personas intenta demostrar que sus teorías son totalmente verdaderas o completamente falsas. Nosotros procuraremos ver más bien cuál fue exactamente la contribución de

[12] Introducción a la edición de la Modern Library (1960), de *On Population*, de Thomas Robert Malthus, pág. XXX.

Malthus, en qué tuvo razón y en qué cosas se equivocó.

La principal aportación de Malthus fue la de ser el primero en establecer claramente y con una relación mutua dos proposiciones muy importantes. La primera es el instinto de toda población, animal y humana, a aumentar, si no existen controles, en progresión geométrica, o, dicho en términos técnicos modernos, en índice exponencial. Malthus hablaba de poblaciones que se duplican cada veinticinco años, como en los Estados Unidos de su tiempo, o cada cuarenta años, como en Inglaterra. Habló sobre los índices de crecimiento tomando como medida las generaciones. En la actualidad, los expertos en demografía normalmente hablan del crecimiento de la población en términos de índices anuales. Pero todo índice porcentual, si es continuo, es compuesto. Una población que aumentara solamente a un ritmo del 2% anual se duplicaría cada treinta y cinco años; una población que creciera a un ritmo del 3% anual se duplicaría cada veinticuatro años, etc.

Algunos adversarios de Malthus han intentado impugnar esta proposición por ser un tanto «trivial» o demasiado «obvia». Sus conclusiones son algo más que triviales, y solamente resultaron obvias una vez que Malthus las expuso.

La segunda gran aportación de Malthus, basada en la limitación de los recursos alimenticios y en la productividad de la tierra, fue en realidad la primera manifestación clara y rotunda hecha en inglés de lo que más tarde se conocería como la «ley del rendimiento decreciente». No se encuentra ninguna formulación de esta ley en Adam Smith (una óptima descripción de esta materia la hizo el economista francés Turgot, pero Malthus, según todos los indicios, no llegó a conocerla). Posteriormente, en los *Principios de Economía política*, 1848, de John Stuart Mill, encontramos una formulación precisa y cualificada:

> La tierra se diferencia de otros elementos de producción en que no es susceptible de un crecimiento indefinido. Su extensión es limitada, y mucho más lo es la de las parcelas más productivas. También es evidente que la posibilidad de aumento de la capacidad de producción de cualquier parcela de terreno no es indefinida…
>
> Generalmente se piensa… que por el momento la limitación de producción o de población se encuentra a una distancia indefinida y que tendrá que pasar todavía mucho tiempo antes de que se presente la necesidad imperiosa de tener que considerar seriamente el principio de limitación.
>
> A mi juicio, esto no solamente es erróneo, sino que es lo más disparatado que pueda decirse en el campo de la economía política. Esta